



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO LUIS BELTRÁN
PRIETO FIGUEROA DE BARQUISIMETO

Revista
educare
ISSN 2244-7296

Depósito Legal: ppi201002LA3674

Órgano de divulgación de la
Subdirección de Investigación y
Postgrado



EScience Press
Research Journals Publishers



latindex
catálogo 2.0



DIRECTORY OF
OPEN ACCESS
JOURNALS



LatinREV
Red Latinoamericana de Revistas Académicas
de Ciencias Sociales y Humanidades



redalyc.org

LA VOLUNTAD EN KANT Y NIETZSCHE: CLAVE PARA COMPRENDER LA ACCIÓN MORAL

*THE WILL IN KANT AND NIETZSCHE: KEY
TO UNDERSTANDING MORAL ACTION*

María Andreina Monasterios
<https://orcid.org/0000-0002-2517-0669>
Unidad Educativa Nacional “San Francisco Javier”
Ministerio del Poder Popular para la Educación
Venezuela



LA VOLUNTAD EN KANT Y NIETZSCHE: CLAVE PARA COMPRENDER LA ACCIÓN MORAL

*THE WILL IN KANT AND
NIETZSCHE: KEY TO
UNDERSTANDING MORAL
ACTION*

Resumen

La voluntad es clave para comprender la acción moral. Por ello, conviene examinarla a la luz de la Fundamentación de la metafísica de las costumbres de Kant y La voluntad de poder de Nietzsche. Estas reflexiones presentarán las generalidades del formalismo ético kantiano; contrario al proyecto amoral de Nietzsche, cuyas aspiraciones ponderan el lado natural de los valores. Segundo, mostrará cómo Kant privilegia el uso moral de la razón, determinante de la buena voluntad; a diferencia de Nietzsche, quien sostiene que la razón es un impulso en lucha. Por último, referirá la noción kantiana sobre la voluntad autónoma, facultad de elegir aquello necesario, bueno y conforme al “deber ser”; contrariamente, Nietzsche expresa la voluntad de poder como impulso vital y libre que invita al sujeto a responsabilizarse de su propia ley y transformarla en destino propio. Enfrentar estas posiciones invita al lector a conciliarlas en algún punto.

Descriptor: voluntad, acción moral, razón, libertad.

Abstract

The will is the key to understanding moral action. For this reason, it is convenient to examine it in the light of Kant's “Foundations of the Metaphysics of Morals” and Nietzsche's “The Will to Power”. These reflections will present the generalities of Kantian ethical formalism; contrary to Nietzsche's amoral project, whose aspirations ponder the natural side of values. Second, it will show how Kant privileges the moral use of reason, determinant of good will; unlike Nietzsche, who maintains that reason is impulse in struggle. Finally, he will refer to the Kantian notion of autonomous will, the faculty of choosing what is necessary, good and in accordance with the “ought to be”; on the contrary, Nietzsche expresses the will to power as a vital and free impulse that invites the subject to take responsibility for his own law and transform it into his own destiny. Confronting these ideas invites the reader to reconciling them at some point.

Keywords: will, moral action, reason, freedom.

Introducción

En 2015, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) publicó *Replantear la educación ¿Hacia un bien común mundial?* Este documento justifica la necesidad de reflexionar sobre el hecho educativo como única alternativa posible para reconducir el porvenir de la humanidad, en virtud de las características de estos tiempos, el avance tecnológico y el tratamiento de los derechos ciudadanos. A pesar del crecimiento de las ideas científicas y tecnológicas, todavía persisten los conflictos sociales y las desigualdades, han emergido nuevos centros de poder y se han instaurado nuevos sistemas de valores que amenazan con deshumanizar las relaciones personales. Esta realidad reclama que la escuela, la familia, las instituciones, la sociedad en general, propicien el ejercicio de los valores, desde sus prácticas cotidianas, para una sana convivencia.

Por esta razón, resulta valioso explorar la *voluntad*, elemento clave para comprender la acción moral del sujeto en el seno de la vida social. El asombro que hoy generan ciertas prácticas de vida origina estas reflexiones. Pero, más allá de admirar o, a veces, de cuestionar la acción humana, se estima conveniente examinar, a la luz de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de Kant –que, para fines prácticos, se referirá sucesivamente solo como *Fundamentación*- y *La voluntad de poder* de Nietzsche, la esencia de la *voluntad* como piedra angular de la acción moral.

Ahora bien, ¿la reflexión sobre estas cuestiones motivará las prácticas cotidianas apegadas al bien común? O, mejor, ¿modificará las acciones contrarias al bien necesario y universal de la humanidad? Se espera que el desarrollo de estas ideas contribuya, al menos, a la reflexión y al acercamiento a posibles alternativas de interpretación sobre estas inquietudes. Con el fin de valorar las principales fuentes que sustentan esta reflexión, se consideró esencial explorar brevemente el estado del arte del tema seleccionado, a través de investigaciones que han mostrado su interés en la ética, la moral, la libertad y la voluntad.

Fajardo (2020), de la Universidad Externado de Colombia, expone en su trabajo titulado *La Ética de Immanuel Kant* la revisión que el filósofo alemán realiza sobre las propuestas éticas anteriores, cuyas reflexiones le inducen a cuestionar los fundamentos tradicionales de la moral religiosa, la aristotélica y la sentimentalista, planteamientos que coinciden en que la ética está condicionada bajo un contenido. Este nuevo abordaje liderado por Kant hace posible considerar que los principios éticos no deben ser contingentes, es decir, atenuados a la voluntad de Dios –en

el caso de la religión-, o a las experiencias de placer y dolor. Por el contrario, apuesta por hacer cargo al sujeto racional de su existencia, sin más condicionamientos que aquellos derivados de la razón pura y las verdades universales vinculadas con el bien.

Por su parte, López (2020) en el artículo titulado *¿Epistemología moral kantiana? Una interpretación no epistémica* acuerda que el problema central de la filosofía moral en Kant es la fundamentación de la moralidad en términos de la racionalidad, de donde se desprende otro problema, la fundamentación del deber, cuya esencia para Kant no es una quimera. Para Kant, “el conocimiento práctico” constituye la base proyecto existencial humano. Algunos estudiosos han atribuido una epistemología moral a Kant, con base en la evidencia de un vocabulario cognitivo en la Crítica de la razón práctica. Esto es posible por medio de una analogía entre conocimiento práctico y teórico en relación con el hecho de la razón. En este sentido, el estudio procura presentar una variante no epistémica sustentada en la Fundamentación y en recursos de la teoría de la acción contemporánea. Esta mirada fija su atención en la fe racional como la actitud cognitiva relevante, que se justifica por motivos morales.

Luego, en el año 2020, Antonio Francisco Amo Polo, de la Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia, publicó su tesis doctoral titulada *La libertad como Necesidad Comprendida en el Centro de la Antropología Hermenéutica de Paul Ricoeur*, con la intención de resaltar los aspectos más significativos de esta propuesta antropológica sustentada en la libertad, núcleo de la esencia humana de la que se apropia el sujeto a través de la reflexión y la comprensión de la vida. La indagación se centró en la voluntad, la identidad, y el mantenimiento del sí mismo en el seno de la personalidad, desde donde se reconoce el ser encarnado, situado en el mundo y consciente de la necesidad de relatar su historia a través de la identidad narrativa.

De este modo, la tesis postula en Ricoeur una sabiduría práctica y vital, siempre dispuesta al diálogo conciliador, que abre las posibilidades para el fortalecimiento de la personalidad y que nos enseña a vivir mejor, en una dinámica de bondad, de reciprocidad y de esperanza, a la luz del contenido ontológico de nuestra condición humana. Lo anterior, se fundamenta en el giro lingüístico de la filosofía, cuya influencia se precisa en la obra de Ricoeur, que transita de la fenomenología existencial a una hermenéutica explícita, sin ánimo rupturas, sino más bien con el propósito de sostener una filiación reflexiva y fenomenológica de la hermenéutica.

Para Amo Polo, el hallazgo principal del estudio es que hay alguna dimensión de la voluntad que resiste a cualquier intento de reducción naturalista. Las reflexiones siguen su curso en cuanto

de poder como un impulso vital, un instinto de libertad creador que invita al sujeto a ser autor de su propia ley y transformarla en destino propio, además que lo hace responsable de sí y de sus actos. El afán de hacer frente a estas posiciones antitéticas responde a la bien intencionada posibilidad de conciliarlas en algún punto.

La voluntad como principio ético

En el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater (1964), la *voluntad* es entendida en tres sentidos; a saber: desde el punto de vista psicológico, refiere a los fenómenos psíquicos o la facultad orientada a la tendencia. En un sentido ético, constituye “una actitud o disposición moral para querer algo” (p. 919). Y en sentido metafísico, alude a “una entidad a la que se atribuye absoluta subsistencia y se convierte por ello en substrato de todos los fenómenos” (*ob. cit.*, p. 919). Aquí, nos ocuparemos del sentido ético de la categoría. Además, Ferrater comenta que todo fenómeno de la voluntad está constituido por cinco elementos: un conocimiento, una finalidad, una decisión, una resolución y una acción. También, refiere que la plena conciencia es clave para el ejercicio de la voluntad, es decir, para poner en marcha la aprehensión del pensamiento, de donde se desprende la acción relacionada con el fin propuesto.

De acuerdo con las ideas previas, la *voluntad* constituye una capacidad privilegiada del sujeto que conduce la acción libre. Desde la tradición presocrática hasta nuestros días, el pensamiento filosófico se ha preocupado por explicarla. Originalmente, Platón relaciona el deseo al orden de lo sensible y sitúa la voluntad en el orden del intelecto al igual que Aristóteles, quien enfatiza que aunque ambos son motores, la voluntad es de índole racional. Agustín de Hipona declaró que ésta constituye uno de los nombres de la libertad humana, que refiere a la capacidad de querer o decidir conforme los motivos propios de la voluntad. Además, añadió que la voluntad es “capaz de intervenir en todas las funciones anímicas” (*ob. cit.*, p. 920) y es semejante a un motor, aplicable a todos los apetitos: naturales y racionales.

Posteriormente, Santo Tomás de Aquino propone cuatro aspectos capitales sobre la voluntad: primero, la autonomía de la voluntad respecto a la necesidad; segundo, “la voluntad no quiere *necesariamente* todo lo que quiere” (*ob. cit.*, p. 920); tercero, el intelecto es la potencia más elevada –sobre la voluntad– y cuarto, éste moviliza la voluntad como un fin. Al igual que Agustín, Duns Escoto propone que la voluntad es un motor que impulsa y conduce todas las facultades. El pensamiento cartesiano presenta el voluntarismo de la razón y lo justifica en la afirmación de la

arbitrariedad de la creación que revela el primado de la voluntad, incluso, dentro de la lógica. Leibniz rechaza este planteamiento por considerar la voluntad una especie de *conatus* originado en el pensamiento para inclinarse a lo que ha sido concebido como bueno; de esta manera, los errores son posibles más por la voluntad que por la razón.

En el ámbito moral, Kant pondera el valor absoluto de ciertos actos de voluntad, considerada el bien supremo. La buena voluntad es aquella que crea la ley, desde sí, conforme al deber ser, a la necesidad y a la universalidad, desprovista de inclinaciones o resultados de acción. Por su parte, Schopenhauer valora la voluntad como principio absoluto y “el fondo último de lo real” (ob. cit., p. 921), representable a través de la experiencia del sujeto respecto a su acción volitiva. Para Nietzsche, es voluntad de poder y representa el fundamento de la nueva tabla de valores en la que la vida es el rango supremo, por encima de la ley, de la razón y de la virtud en el sentido cristiano tradicional.

La primacía de la voluntad ha sido ampliamente debatida. William James refiere a su carácter motriz en la dimensión de la creencia cuando la razón no puede decidir y queda determinar con base a las consecuencias de la misma creencia. Así, en la voluntad de creer, la voluntad ocupa “un primado sobre la inteligencia” (citado por Ferrater, 1964: 921). En definitiva, esta facultad invita al sujeto a tomar decisiones libremente y a actuar en este sentido. De los postulados anteriores se desprende el problema sobre la relación entre la voluntad y la inteligencia, cuyo asunto ha trascendido a la cuestión ética y se advierte claramente en el pensamiento de Immanuel Kant.

La autonomía de la voluntad kantiana

Para Kant, la *voluntad* es la facultad de elegir por autodeterminación aquello que la razón establece como necesario, bueno y obrar conforme a ello, es decir, por el deber. Ha de ser el uso práctico o moral de la razón. Anticipándonos a los comentarios que el filósofo de Königsberg ofrece en las últimas páginas de la *Fundamentación*, “Voluntad es una especie de causalidad de los seres vivos, en cuanto que son racionales, y libertad sería la propiedad de esta causalidad, por la cual puede ser eficiente, independientemente de extrañas causas que la determinen” (2007: 59). Así, hallamos en la voluntad el origen de la acción moral y, más precisamente, de lo bueno en sí mismo. Además, se observa la relación entre voluntad, razón, libertad y causalidad.

Y, ¿cuáles son los atributos de la voluntad que Kant muestra en la *Fundamentación*? Dos rasgos destaca de ella: que es buena y que es autónoma. Es buena no por lo que hace, sino por el

en palabras propias: Primero, obrar de modo que quiera hacerse ley universal; segundo, obrar como si la regla que inspira la acción pudiese convertirse, por voluntad propia, en ley universal de la naturaleza; tercero, obrar conforme al valor de la humanidad siempre como un fin, nunca como un medio. Estas reglas enarbolan la *voluntad* como causa libre; en otras palabras, la razón práctica se impone a sí misma aquello que es necesariamente bueno y que, por tanto, ha de representar una norma de conducta universal.

De esta manera, Kant postula que la razón práctica consiste en tomar decisiones morales conforme a la ley que procede de ésta. Por lo tanto, la voluntad se abraza de la autonomía que procuran arrebatarse los sistemas heterónomos y queda exenta de sometimientos: es una voluntad libre, capaz de darse a sí misma la norma de conducta, motivada únicamente por el *deber ser*. En efecto, la libertad –propiedad de la causalidad de los seres vivos- será un requisito necesario para que el ser humano ponga en práctica la moralidad, es decir, para que haga un uso moral de la razón. Avanzada su obra, Kant propone que la libertad “...aunque no es una propiedad de la voluntad, según leyes naturales, no por eso carece de ley, sino que ha de ser más bien una causalidad, según leyes inmutables” (*ob. cit.*, p. 59). Posteriormente, comenta:

Digo, pues: todo ser que no puede obrar de otra suerte que, bajo la idea de la libertad, es por eso mismo verdaderamente libre en sentido práctico, es decir, valen para tal ser todas las leyes que están inseparablemente unidas con la libertad, lo mismo que si su voluntad fuese definida como libre en sí misma y por modo válido en la filosofía teórica. Ahora bien; yo sostengo que a todo ser racional que tiene una voluntad debemos atribuirle necesariamente también la idea de la libertad, bajo la cual obra. (*ob. cit.*, p. 61)

Tal parece que libertad y voluntad son nociones recíprocas. No obstante, al final Kant precisa que la libertad es solo una idea que no puede exponerse por leyes naturales ni, por consiguiente, en ninguna experiencia posible. Inmediatamente, establece los límites de la razón frente a la libertad:

...no cabe concebirla ni aun sólo conocerla. Vale sólo como necesaria suposición de la razón en un ser que crea tener conciencia de una voluntad, esto es, de una facultad diferente de la mera facultad de desear (la facultad de determinarse a obrar como inteligencia, según leyes de la razón, pues, independientemente de los instintos naturales). Mas dondequiera que cesa la determinación por leyes naturales, allí también cesa toda explicación y sólo resta la defensa, esto es, rechazar los argumentos de quienes, pretendiendo haber intuido la esencia de las cosas, declaran sin ambages que la libertad es imposible. (*ob. cit.*, p. 71)

Esta primera aproximación a la *Fundamentación* revela claramente el centro de la ley moral: la autonomía de la voluntad, contraria a la heteronomía de la voluntad, cuyos defensores preconizan que “...no hay posibilidad de moral efectiva sin un fundamento ajeno a la voluntad (ya sea en la Naturaleza, ya sea en el reino inteligible, ya sea en el reino de los valores absolutos, ya sea en Dios)” (Ferrater, 1964: 161). Mas, Kant sentencia que la heteronomía constituye la semilla de los principios inauténticos de la moral y “...enmascaran el problema de la libertad de la voluntad y, por lo tanto, de la moralidad auténtica de los propios actos” (*ob. cit.*, p. 161).

A fin de cuentas, se resuelve que la voluntad autónoma sostiene la autonomía moral, piedra angular la filosofía moral kantiana, cuya riqueza es inconmensurable y constituye una invitación siempre abierta a interpretar los conceptos que la fundamentan. La sistematización de estas ideas permite desentrañar la influencia de la razón en la voluntad y cómo la primera ha de ser sometida a la crítica para explorar las condiciones que posibilitan el conocimiento a priori.

La naturalización de la moral o la voluntad de poder en Nietzsche

Contrario a las bases que sostienen la arquitectura del idealismo kantiano, Friedrich Nietzsche emprende una crítica genealógica contra el sistema moral tradicional y sus instituciones, cuyos principios compara “con los valores del débil, del lunático y el neurasténico, ya que representan, de forma más atenuada, *los mismos males*” (2000: 60). Este rechazo obedece a que, a su juicio, los valores están basados en el resentimiento, en la culpa, en la hipocresía y son artificios que pretenden dominar al sujeto. Tal parece, que quienes emprendieron esta ética o filosofía de lo deseable, “del deber ser”, mostraron a través de su crítica arrogante el descontento ante el curso general de las cosas y, con ello, el deseo de dominar el universo (*ob. cit.*, p. 237-239).

Por consiguiente, resulta necesario superar estos valores por medio de la voluntad de poder, en otras palabras, mediante la voluntad de vivir, la actitud vital auténtica, que ha de ser la única norma y deber supremo a la que se someta el resto de las normas; aun la razón debe estar subordinada a la necesidad vital y, de este modo, actuará en función a la vida y no lo contrario, cuestión que criticó severamente:

Que se devuelva al hombre el valor de sus instintos naturales.

Que se impida su propia subestimación (no del hombre como individuo sino del hombre como Naturaleza).

Que se extraigan de las cosas las contradicciones, después de comprender que somos nosotros los que las hemos introducido en ellas.

Que se suprima completamente la idiosincrasia social de la existencia (culpa, castigo, justicia, honradez, libertad, amor, etcétera).

Progreso hacia la «naturalidad»: en todos los problemas políticos, también en las relaciones de los partidos, incluso en los partidos mercantiles o de obreros y patronos, se trata de cuestiones de poder: «qué se puede» y, solo después, «que se debe». (*ob. cit.*, p. 112)

Mientras la autonomía de Kant pondera la existencia de un yo puro y despojado de condicionamientos biológicos e históricos, Nietzsche apuesta por la singularidad del individuo pleno, creador, corpóreo, que preconiza la libertad en términos de autolegislación, sin depender de leyes universales, sino solo de aquellas que él mismo haya creado, a la luz de su natural condición humana. Sin embargo, advierte que su filosofía “tiende a la creación de un orden jerárquico más que a una moral individualista” (*ob. cit.*, p. 215). En todo caso, es innegable la preeminencia de la individualidad en la obra que ahora ocupa el centro del interés de estas reflexiones.

A través del poder que el sujeto cultiva sobre sí, sobre la naturaleza y el destino, es consciente de sus propios impulsos, busca someter sus propias tensiones contradictorias, se siente libre y se encamina a alcanzar un estado supra ético. Para Nietzsche, “la voluntad de poder es la forma primitiva de pasión, y todas las otras pasiones son solamente configuraciones de aquella” (*ob. cit.*, p. 461). Luego, añade: “La causa del placer no es la satisfacción de la voluntad [...], sino el hecho de que la voluntad quiere avanzar y es siempre nuevamente dueña de lo que se encuentra a su paso” (*ob. cit.*, p. 465). En esta experiencia que representa la vida, en este constante combate o juego de resistencia que emprende la voluntad del sujeto, “Placer y displacer son simples consecuencias, simples fenómenos concomitantes [...] toda victoria, todo sentimiento de gozo, todo acontecimiento supone una resistencia vencida” (*ob. cit.*, p. 469). En definitiva:

...la criatura es voluntad de poder en sí misma, y por consiguiente, sentimiento del gozo y la tristeza. Sin embargo, la criatura tiene necesidad de los contrastes, de las resistencias; por consiguiente, de las unidades relativamente que «se sobreponen en poder». (*ob. cit.*, p. 464)

Nietzsche es claro en sus pretensiones; su labor “es hacer valer los valores morales, emancipados en apariencia, y que han perdido su naturaleza, a su verdadera naturaleza, es decir, a su natural «inmoralidad»” (*ob. cit.*, p. 223). Pero, ¿cómo es posible que los valores morales devengan de una inmoralidad natural? ¿Acaso esto no es contradictorio e impensable? Para este filósofo, todo sistema moral que rechace la condición natural humana –esto es, sus instintos, sus pasiones, sus inclinaciones- constituye una negación a la vida en sí misma, a la naturaleza; sería, pues un sistema antinatural que atenta contra la vida y su curso espontáneo. Por ello, hacer valer los valores morales significa apelar a la *naturalización de la moral*, teniendo en cuenta que “Naturaleza, quiere decir, atreverse a ser inmoral, como lo es la Naturaleza” (*ob. cit.*, p. 109).

Tal como exige este proyecto, es necesario un sistema de valores que se relacione con las condiciones de vida del sujeto, quien se debate entre el ascenso y el declive de sus pasiones, quien lucha diariamente en medio de las tensiones naturales que se desprenden de su condición finita. Contrario a la tradición cristiana sobre las virtudes morales, Nietzsche propone que éstas surgen de las pasiones, es decir, que son terrenales. De ahí, su insistencia en que los instintos no deben ser olvidados o negados, porque la naturaleza humana se desprende de ellos.

En el centro de las fuerzas instintivas que luchan entre sí, hay que reconocer que las acciones no siempre son movidas por impulsos racionales –que también se encuentran en tensión-. Esto ilustra la dicotomía necesidad-libertad, en tanto para Nietzsche solo hay necesidad y la voluntad de poder, como instinto de libertad, se arriesga a buscar los modos para dominar los impulsos naturales que se derivan de la necesidad. Luego, advierte el riesgo de caer en la trampa de una moral esclavizante –característica de las sociedades industriales- que paraliza, que coacciona, que castra la libertad creadora del individuo y que reduce su condición humana.

En el seno de esta marcada distinción con la filosofía kantiana, emerge una ética vitalista que se separa abiertamente de las formas éticas universales y de la preeminencia de un *yo* como modelo de sujeto. En consecuencia, Nietzsche maneja una idea de lo bueno que responde, más precisamente, a una especie de sometimiento que hace posible la superación de los impulsos puestos en resistencia; en este punto, la ética nietzscheana abraza las pasiones de la naturaleza y reconoce que la vida no puede concebirse completamente a través del entendimiento. Así, las nociones *bueno* y *virtud* se separan y se abre paso al *amor fati*, esto es, la aceptación de la vida, de la condición humana en su plenitud, con sus luces y sombras como ejercicio que exorciza la voluntad de toda culpa y resentimiento, gracias a la interpretación moral que, responsablemente,

ha de hacer el sujeto como causa de sí, como conciencia de sí y como respuesta transformadora de sí y de su propio destino.

Voluntad autónoma y voluntad de poder ¿oportunidad de encuentro?

Definitivamente, la voluntad es un principio fundamental para comprender el origen de la acción moral del sujeto, de quien se espera que obre de cierta forma. Ahora, ¿las inclinaciones personales –aunque buenas, necesarias- excluyen el valor moral de la acción por sus motivaciones?, ¿qué decir de la acción que, aunque es buena para el otro y opera conforme a la ley, va contra su autor?, ¿significa, pues, que la felicidad –inclinación natural humana- es una pretensión egoísta, un proyecto inalcanzable?

Del lado contrario, ¿habrá que movilizar la acción según el impulso que convenga en el momento?, ¿pero a quién ha de convenirle?, ¿qué posición ha de privilegiarse?, ¿acaso este juego orienta al sujeto a despojarse de su condición de fin en sí mismo y lo reduce a un medio, a un instrumento al servicio de las pasiones propias o ajenas? Al final, ¿es posible referirnos a una voluntad totalmente libre, autónoma o, más bien, es un instinto?, ¿qué la determina realmente?, ¿a qué responde?, ¿hasta dónde llegan sus límites?, ¿es buena en sí misma o por lo bueno –o la sensación de placer, poder- que genera?, ¿de qué forma la voluntad resuelve las tensiones entre la razón y las pasiones? Por lo pronto:

La pregunta del que busca es siempre más oportuna que la del que ha encontrado.
En el que busca [...] la incertidumbre se constituye en incentivo por el cual lo que se busca no se halla en el fin de lo buscado, sino en la tentación de seguir y seguir buscando. (Calzadilla, 1999).

Frente a este panorama, ¿cómo entablar una posibilidad de diálogo entre la antropología moral kantiana y la filosofía nietzscheana? Es innegable; incluso, parece insoluble esta oposición. Sin embargo, se advierte un punto de encuentro, nada desaprovechable, que conduce al hecho de que la autodeterminación debe germinar desde el sujeto, quien se enfrenta a diario a las naturales y humanas tensiones entre la razón y las inclinaciones. A partir de esta hebra relacionante, es posible

tender un puente que nos aproxime a la voluntad como elemento clave para la comprensión de la arquitectura de la acción moral desde ambas perspectivas filosóficas.

Para tal empresa, el ejercicio hermenéutico constituye, hasta ahora, la única alternativa posible para emprender la tarea de conciliar —o, al menos, hacer el esfuerzo— las posiciones antitéticas que se derivan de los proyectos éticos esbozadas. Se aspira que la posibilidad de un diálogo cercano, sincero y flexible entre las referidas propuestas filosóficas y esta servidora enriquezca las interpretaciones sobre el asunto y permita generar nuevas perspectivas de estudio de la voluntad. Entonces, el lenguaje emerge como centro de poder desde el acto del decir, cuyo efecto extiende la invitación a un acto mayor: la comprensión. Pero, no es cualquier comprensión; la transferencia del orden lingüístico a la estructura de la experiencia es, para Ricoeur (1997), el supuesto fenomenológico más importante de la hermenéutica. Y ¿no es, acaso, la comprensión de uno mismo, o lo que es igual, el acercamiento al entendimiento de la acción moral —necesariamente humana— una de las reflexiones filosóficas más importantes, vitales e impostergables? Respecto a este interés, el filósofo francés aduce:

La reflexión es el acto de retorno a uno mismo mediante el que un sujeto vuelve a captar, en la claridad intelectual y la responsabilidad moral, el principio unificador de las operaciones en las que se dispersa y se olvida como sujeto [...] ¿cómo se conoce o se reconoce a sí mismo el yo pienso? En este punto, la fenomenología —y más aún la hermenéutica— representa, a la vez, una realización y una transformación radical del propio programa de la filosofía reflexiva (Ricoeur, 1997: 200).

La acción mediadora a través de los signos deja constancia de “la condición originariamente lingüística de toda experiencia humana” (ob. cit., p. 203). Y este valor añadido que proporciona el lenguaje a la comprensión e interpretación de la vida misma descubre en el texto, en el ejercicio escritural y en el contenido que reposa en él, las posibilidades de encuentro entre un sí mismo que lee y un escritor que se vitaliza en cada palabra leída. Y, lo más fecundo de este acercamiento será hacer reposar, al menos, tres subjetividades —la del lector y la de cada filósofo— en un mismo plano. En la medida en que el lector vaya al encuentro del otro —desde sí mismo, donde se concentran las experiencias vividas y las expectativas por realizar—, será posible la autocomprensión de la condición humana frente al texto. Se estima que este ejercicio constituya un insumo para próximas reflexiones.

Referencias

- Amo, A. (2020). *La libertad como Necesidad Comprendida en el Centro de la Antropología Hermenéutica de Paul Ricoeur*. Tesis doctoral. Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia. [Documento en línea]. Disponible: <https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/104741> [Consulta: 2021, junio 24]
- Calzadilla, J. (1999). *Aforemas*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Kant, I. (2007). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Edición de Pedro M. Rosario Barbosa. Universidad de Puerto Rico. Disponible: https://pmrb.net/books/kantfund/fund_metaf_costumbres_vD.pdf [Consulta: 2021, marzo 25].
- Fajardo, A. (2020). *La ética de Immanuel Kant*. Revista Internacional de Filosofía Teórica y Práctica. [Revista en línea] Disponible: <https://www.researchgate.net/profile/Ana-Fajardo>
[4/publication/348913326_La_Etica_de_Immanuel_Kant/links/6016ca5d45851517ef2e76c7/La-Etica-de-Immanuel-Kant.pdf](https://www.researchgate.net/publication/348913326_La_Etica_de_Immanuel_Kant/links/6016ca5d45851517ef2e76c7/La-Etica-de-Immanuel-Kant.pdf) [Consulta: 2021, marzo 07].
- Ferrater, J. (1964). *Diccionario de Filosofía*. Tomo I A-K. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Disponible: <https://profesorvargasguillen.files.wordpress.com/2011/10/jose-ferrater-mora-diccionario-de-filosofia-tomo-i.pdf> [Consulta: 2021, marzo 02].
- Ferrater, J. (1964). *Diccionario de Filosofía*. Tomo II L-Z. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Disponible: <https://profesorvargasguillen.files.wordpress.com/2011/10/jose-ferrater-mora-diccionario-de-filosofia-tomo-ii.pdf> [Consulta: 2021, marzo 02].
- López, L. (2020). *¿Epistemología moral kantiana? Una interpretación no epistémica*. Revista de Estudios Kantianos. Publicación internacional de la Sociedad de Estudios Kantianos en Lengua Española. [Revista en línea] Disponible: <https://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/78048/7477553.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [Consulta: 2021, marzo 07].
- Nietzsche, F. (2000). *La voluntad de poder*. Madrid: Editorial EDAF, S.A. Disponible: <https://ferrusca.files.wordpress.com/2013/08/voluntad-de-poder.pdf> [Consulta: 2021, marzo 08].

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

